

SIMCA-EL 5 PLAZAS CON NERVO

¡PRECEMOS: Tomar su coche usado. Cómodos plazos mensuales. Demostraciones sin compromiso. Visite-nos con su familia incluso sábados tarde

EXPOSICIONES: MANUEL REY,

BETANZOS: Magdalena 8 Teléfono 499
FERROL: Avda. Generalísimo, 209. Teléfonos 354990 y 354991

CONCESIONARIO DE CHRYSLER ESPAÑA

La Voz de Galicia

DELEGACIONES:

FERROL: Canalejas, 84 - Telf. 351476
SANTIAGO: Doctor Teijeiro, 5 - Telf. 581035
LUGO: Buen Jesús, 2 - Telf. 211070

VIGO: José Antonio, 62 - Telf. 223311

ORENSE: Santo Domingo 39 - Telf. 216454
CARBALLO: Desiderio Varela, 18 - Telf. 65
PONTEVEDRA: Cobián Roffignac, 2 - Telf. 851777

BANDAS TRANSPORTADORAS

Firestone

VENTA-EMPALMES SINFIN-REPARACIONES-etc.

NEUMATICOS RIERA

LA CORUÑA
BANION DE LA SAGRA, 11
TELEFONO 232036

PERILLO
CARRETERA MADRID, KM. 400
TELEF. 224740. Extension 248

ESTAMPA DE LONDRES

LOS MERCADOS

Por VICTORIA ARMESTO

AYER, como era sábado, decidí acercarme a Portobello road. Portobello — así se pronuncia — es como el rastro madrileño, sólo que mucho más abigarrado. A lo largo de la calle, franqueada por casas de un par de pisos, extienden los tenderetes en donde venden de todo lo habido y por haber: ropa usada, antigüedades verdaderas y antigüedades falsas, objetos de plata, de porcelana, pinturas, uniformes antiguos y orinales. ¡Cuántos orinales a la venta en Portobello! Es una pieza que debe atraer cierto interés aquí en Londres. Yo me pregunto cuál será su actual función (presumo que no será la misma de antes): ¿Servir de adorno? ¿De tío? Algunos de estos orinales eran antiguos, de muy lucida porcelana floreada.

Este mercado londinense me hace pensar en lo que debió en su día ser el mercado del Paraíso, al pie de la Catedral de Santiago, y la semejanza no es gratuita. Como la gente joven ahora lleva esas barbas, esos pelos largos e hirsutos, esas capas facias, esos trajes arrastrando por el suelo cuando son muchos los que se concentran en un solo punto — como ocurre en Portobello —, la escena adquiere un marcado aire medieval. Los turistas que circulan vestidos de un modo tradicional acabamos sintiéndonos cual elementos extraños y disidentes, lo mismo que en una playa donde todas las mujeres llevaban bikini se sentiría una mujer ataviada con uno de aquellos viejos bañadores de faldita y mangas.

A mí ya me estaban entrando ganas de comprarme un traje de afganistán para ponerme a tono con el medio ambiente.

Pensándolo bien, tanto Fidel Castro por un lado como las gitanas andaluzas por el otro, han sido como los auténticos pioneros de esta revolución juvenil. Por su parte los orientales, con los turbantes y los saris — moviéndose incesantemente por estos dos mercados de Londres —

contribuyen poderosamente al exotismo. Y los negros ahora parecen mucho más negros que antes cuando se desrizaban o se cortaban el pelo e imitaban las modalidades de la raza blanca. Ahora los negros quieren ser ellos mismos y hacen bien, porque imitar lo ajeno es una de las maneras más seguras de perderse. Así que ya, en su mayoría, se rinden al estilo creado por los «panteras negras» americanas.

A su vez, algunos blancos han dado ahora en imitar a los negros y es muy frecuente que los jóvenes se ricen el pelo a lo africano (ellos y ellas) y también que — como los antiguos salvajes — se claven cosas en la nariz. En Portobello observé a una muchacha bastante bonita que gastaba el siguiente atuendo: botas altas, pantalón minúsculo de tipo vaquero, barriga al aire, blusa de algodón transparentes sin sujetador, capa de zorros muy vieja (de las de segunda mano) y un colgante en la nariz.

Discretamente me fijé en la nariz advirtiéndole que la tenía traspasada por el ya citado colgante que, por cierto, no contribuía a su atractivo personal desde mi modesto y tal vez retrógrado punto de vista. Y, además, le debía molestar porque vi que tenía irritada la nariz y hasta con un punto inflamado...

Les decía en una de las anteriores informaciones que si una mujer se desnuda y sale a la calle en Londres no llamará apenas la atención. No sé cómo se me pudo ocurrir la disparatada idea de que una persona en su cabal juicio se paseara por las calles en cueros. Pues bien, la cosa ha sucedido precisamente estos días y las jóvenes que se pasearon desnudas por Oxford Street (ignoro por qué motivo) apenas si despertaron el interés público. En cambio las que llamaron bastante la atención, fueron las que llegaron desnudas hasta la puerta del primer ministro, Mr. Heath.

A estas últimas las han procesado; pero me han dicho que, al final, no les pasará apenas nada... ¡Mira que pasearse desnudas por Londres! ¡Qué cosas ocurren hoy en día! Ya sé que se puede citar el ejemplo «histórico» de Lady Godiva; pero, al menos esta señora, iba a caballo y se cubría, en parte, con la hermosa cabellera.

El mercado de Portobello se abre muy temprano por la mañana del sábado y a las cuatro y media de la tarde ya iniciaban la retirada de los primeros tenderetes. Además de los puestos en la calle en Portobello, lo mismo que en el Rastro de Madrid, hay muchas galerías en el interior de las casas, algunas de las cuales se comunican entre sí. No rige el precio fijo como es de suponer en este tipo de mercado, y, generalmente, rebajan un tanto por ciento sobre el precio de cada objeto, por lo regular ya marcado.

Observé cómo un guardia estaba multando a un joven por dedicarse a la venta callejera sin licencia. Todo a lo largo del mercado, algunos jóvenes ofrecen los finos collares indios y otros hacen girar unas piezas de plástico semejantes a pedacitos de mangas de riego con las cuales hacen un ruido o música singular. Venden estas tiras musicales por unos peniques.

También es muy corriente que en las esquinas se sienten algunos viejos patéticos con trajes horridos cantando baladas y ejercitando de este modo una velada mendicidad. A las mismas exhibiciones de tipo musical se dedican algunos jóvenes de largas melenas. A uno le escuché este cantar en castellano:

Que no me hablen de leyes: soy gitano, y en mis venas corre la sangre de reyes...

En Petticoat road no venden apenas antigüedades o cosas viejas. Se trata de un mercado de trajes y de baratijas que tiene lugar los domin-

gos por la mañana. Reconoci en los cantantes callejeros algunos de los que ya el sábado animaban el escenario de Portobello.

El mercado de Petticoat tiene, si cabe, más marcado el aire oriental y, como gran parte de las mercancías en venta son indias o afganas, uno se creería más en Calcuta o en Kabul que en Londres. Salvo por la temperatura que aquí de calor nada, aquí uno se olvida de que estamos en verano. Para mí la temperatura de Londres es deliciosa: ni frío ni calor. Puede uno salir a cuerpo durante el día, de noche no estorba un abrigo ligero y la manta, no vemos mucho el sol; pero la atmósfera está menos contaminada que en Madrid. Yo lo noto en mi garganta.

En Portobello me crucé con bastante gente española: unas señoritas muy monas; unos jóvenes estudiantes; el que cantaba que no le hablaban de leyes; una pareja que era, con toda seguridad, de La Coruña. Por el contrario, en Petticoat road no encontré ni españoles ni portugueses. Yo iba con mucho cuidado por el bolso, aunque, en realidad, en estos sitios de tal concentración es muchas veces donde uno menos peligro corre. Habiendo tanta gente y tanto monedero, ¿por qué han de elegir, precisamente, el de uno?

Debo añadir que en Londres son más frecuentes los robos de lo que generalmente se supone y, por ello, es muy conveniente para el turista depositar el dinero en la conserjería del hotel y para el emigrante que viene aquí a trabajar, abrir una cuenta en un banco.

A la hora de la cena, y en el centro suizo de Piccadilly, encontré a un camarero asturiano — el primer asturiano que, aparte de mi amigo R —, encuentro en Londres. Este joven había estado trabajando antes en Alemania y estaba en posición ideal para comparar la situación del emigrante aquí y allá. En cuestión de alojamiento dijo que estaban mucho mejor las ciudades alemanas, porque en Londres es difícilísimo encontrar acomodo. El mismo tenía una habitación alquilada cerca de la estación de Victoria, la cual además de ser modesta era cara. No estaba tampoco muy satisfecho con el salario que percibía, el cual, a su juicio, no guardaba la debida correspondencia con el intenso trabajo. Tenían algunos turnos muy severos. Ayer había entrado en servicio a las once de la mañana y no había acabado su jornada laboral a las doce de la noche.

No obstante al camarero asturiano le gusta Inglaterra por la amabilidad, el respeto y la deferencia con que los ingleses se tratan los unos a los otros y tratan, además, a los extranjeros. Esta cortesía hace la vida amable. — No se puede generalizar porque en todas partes hay gente buena — indicó —, pero antes serviría a 80 ingleses que a 4 alemanes.

MADRID, 4. —(Crónica para LA VOZ DE GALICIA, recibida por «télax», por PEREZ GALLEGO).

Durante años y años, los madrileños se han venido preguntando: ¿cuál va a ser la suerte concreta de ese monumento a los Caídos levantado en el límite entre la Moncloa y la Ciudad Universitaria. Siempre aparentemente a punto de ser terminada, dicha construcción era una especie de tapiz de penélope madrileño, en el que por la noche se deshacía lo poco que se había hecho durante el día...

Pero, al fin, parece que la conclusión de ese monumento entra en fase definitiva. Comenzado el proyecto de éste antes de 1950, había sido concebido como una gran rotonda, diseñada por el arquitecto don Manuel Palacios y decorada con cinco enormes paneles murales, dedicados a otros tantos temas característicos de nuestra guerra. La victoria y José Antonio creo recordar que ocupaban el eje central.

Cubierta la citada rotonda por una cúpula elíptica que recibe en su centro la luz solar por medio de una linterna, el monumento queda completo con una gran cruz escollada de sendos relieves laterales en honor de los muertos en el Cuartel de la Montaña y la Ciudad Universitaria. Un estanque está previsto ante la rotonda para redondear y herosear el conjunto.

Realizadas las obras de estructura del monumento, quedaban, sin embargo, por hacer las pueramente decorativas, empresa sobre la que ya ha quedado dicho que los madrileños no tenían información segura. Aunque vigila día y noche, el monumento de La Moncloa se había convertido en escenario de los amores de novios pobres y escaparate de letreros políticos de distinto signo pintados en las sombras de la noche.

«El monumento a los Caídos —acaba de decir el alcalde de Madrid a los periodistas en la habitual conferencia informativa semanal— se había convertido en una obra interminable y en un ejemplo de lo que nunca debe ser un memorial de este tipo. La situación que ofrece no puede ser más patética, con letreros pintados, cristales y puertas rotos e incluso parte de la cubierta de plomo arrancada. Es cuestión de honor que terminemos de una vez ese monumento...»

Según declaraciones del alcalde, más de 40 millones de pesetas se han gastado en las obras arquitectónicas del monumento y es muy posible que en los próximos meses haya que desembolsar 60 más en el ornato del mismo. «Nuestra intención es terminar el monumento de acuerdo con el

proyecto original —son palabras del señor Arias Navarro—. Vamos a respetar la gran rotonda y la idea de las tres capillas para los Tres Ejércitos. La única novedad es que en los laterales del presbiterio es posible que se arbitren unas estancias para depositar fondos histórico-documentales.

No es ésta la única noticia de madrileños producida en estos días de canícula veraniega. Recientemente les he hablado de la inauguración del templo egipcio de Debod y de la vecina lápida, enmarcada por una discreta arquitectura de Vaquero Turcios, en terrenos del antiguo Cuartel de la Montaña.

Del debatido tema de la escultura de Chillida y el Museo de Escultura al aire libre poco se puede añadir. La escultura del gran escultor vasco permanece apoyada sobre unos fuertes cabalotes de madera, mientras su autor hace extensas declaraciones sobre cuestiones estéticas y lingüísticas: que si le gustan las maderas duras o blandas, que si utiliza o no el euzkera...

En cualquier caso, hay que reconocer que, esté la obra de Eduardo Chillida colgada o soportada, el nuevo museo madrileño es una empresa de auténtica originalidad y categoría. La originalidad no queda empañada por el absoluto por el hecho, contradictorio con las declaraciones de los autores del proyecto, de que Berlín y Estocolmo ya posean desde hace muchos años museos de esta clase, aunque no cobijados bajo los extremos de un puente para automóviles.

CRÓNICA DE MADRID

SESENTA MILLONES DE PESETAS PARA TERMINAR EL MONUMENTO A LOS CAIDOS

JUAN ESPAÑOL VIAJA

Por JUAN JOSE MORALEJO ALVAREZ

AGARREMONOS al tópico: país, paisaje y paisanaje. No les voy a decir nada del paisaje, pero sí del paisanaje, que en definitiva hace al país; ¡bueno va a andar el país con el paisanaje —o contribuyentes, o aficionados, o como se les quiera llamar— que tiene; lo que vamos a comentar es rigurosamente cierto, sus autores tienen nombre y dos apellidos, pero podrían llamarse Juan Español a secas: ser ellos, o usted, o yo o cualquiera que haya hecho, haga y piense seguir haciendo lo que vamos a ver o similar.

Doce horas en un Ter atiborrado de gente son todo un manual de Sociología: más gente que asientos —pague usted un billete caro y con suplemento— por falta de organización en unos y por falta de atención a normas de organización —si las hay— en otros: dos que han comprado el billete en una agencia de Hamburgo que no les da reserva de asiento ni comunican las plazas a la «Renfe»; otros tres que tienen no sé qué billete también sin reserva de asiento y están dispuestos a matarse, si hace falta, en el hombro del maquinista; un grupo de siete que viaja con seis billetes y ante el apremio cortés del revisor reaccionan maleducadamente: uno de ellos conoce a un «alto cargo» y le pide al revisor su nombre y número «porque se va a acordar», y el revisor, con muy buen humor y mejor educación, se busca dos estigmas de que allí falta un billete y luego facilita al Juan Español quejoso e insolente sus datos personales para la «oportuna» reclamación; un matrimonio que pretende que una niña de ocho o nueve años viaje sin billete, sentada entre sus padres, y después de no sé cuántas majaderías proponen, como «arreglo», que la niña pague medio billete sin suplemento: billete entero y con suplemento como todo hijo de vecino; el matrimonio viene de Francia y utiliza argumentos «europeos», que si así nos luce el pelo, que así hablan de nosotros, etc., y a mí me gustaría verles intentando convencer al revisor del expreso París-Hendaya y argumentando que de una Francia laica, liberal y sin toros no se puede esperar cosa buena.

Espérense ustedes, que no acaba aquí la cosa; sigan leyendo, que ni les miento ni les exagero: los siete que llevaban seis billetes tenían una «casete» en la que no había más grabación que la murga de «Mi abuelito tenía un reloj...»; tuvimos que escucharla diez, quince, veinte... veces, coreada por todos ellos e incluso bailada por el pasillo del vagón. ¿Y no protestó nadie? No señor, ya ve usted que no estaba el horno para bollos y nadie quería dar el primer paso porque a veces la B de burrasca y la B de burrada coinciden y ninguno sabe en qué pueden acabar las cosas entre un paisanaje cuya mala uva es proverbial.

No les canso más, vamos al colmo del programa: en Venta de Baños hay que dar vuelta al asiento con una sencillísima manobra —pisar un pedal y girar el sillón— porque cambia el sentido de la marcha; viene el empleado de «Renfe» a hacerlo y un individuo —que, ¡casualidad!, iba leyendo «El Señor Inquisidor» de Caro Baroja— se pone en pie y afirma —¡paradoja!— que él no se levanta para que le giren el asiento, que la «Renfe» no piensa más que en molestar, etc. y propone que le den la vuelta al tren, así como suena; pero no dijo si por el método armenio —se levanta el tren con un electroimán y se le hace girar soplando— o si por el siberiano —se coge desprevenido al tren y se le da la vuelta sin que se dé cuenta, sin que le dé tiempo a reaccionar—; menos mal que al señor no se le ocurrió que había que darle la vuelta al mapa, que buena sorpresa se iba a llevar la gente al salir al trabajo.

Y como Juan Español no es sólo el usuario de un servicio público, hay que decir que la refrigeración no se puso en marcha hasta que el calor se hizo insostenible; no estaba averiada, simplemente al encargado no le dio la gana, según se pudo comprobar cuando se le apremió a que la hiciera funcionar. Después de todo lo visto, no me extrañaría nada que una viajera se subiera a la rejilla de equipajes y nos leyese el Código de Eurico en versión yugoslava. ¡Buen paisanaje, si señor, vamos a entrar en todos los mercados comunes y no comunes que se nos antoje! por narices, que es lo nuestro.

EL DIARIO DE COSIMA WAGNER

Por CARLOS GARCIA BAYON

VA a editarse en Munich el «Diario Secreto» de Cosima Wagner, depositado por Eva, su hija en la caja fuerte del «Bayerische Vereinsbank» con la instrucción de no publicarse hasta 30 años después de su muerte. En mayo fue cumplido el plazo. Todo «Diario», si es una sinceridad, nos revela el perfil ignorado de los hombres, las galerías más íntimas y pudorosas, las hambres, los desencantos. Las pasiones insospechadas, el limo vilgar de los pies. Ya se han ofrecido 100 millones de pesetas por el manuscrito...

Franz von Lenbach le hizo a Cosima un cumplido retrato. ¡Qué ojos claros, maduros, qué boca para el dulce martirio del instante transiente, qué cabellera derramándose sobre los hombros! Esta cabellera, precisamente, está en Bayreuth. Era el 13 de febrero de 1883; Ricardo Wagner había concluido «Parsifal». Bajo la última nota, escribiera: «Para tí». En un ventanal del Palacio Vendramin, a orillas del Gran Canal, en Venecia, donde Wagner y Cosima viven la pasión sin sexo del ocaso, acaban de colgar un tul negro. Los gondoleros extienden la noticia: Wagner ha muerto.

No fue una muerte de timbales, de trompas, de selvas nibelungas, sino, sencillamente, una sombra que se posa sobre los sentidos. Cosima va por los salones buscando desesperada la razón de aquella sombra. Pero allí o aquí, en 1883 o en 1972, la única razón es el misterio. Cosima se tonsura la dorada cabellera y la riega sobre el cuerpo difunto de Ricardo para que sus destinos no se trunquen nunca. A Ricardo lo llevan a Bayreuth, la ciudad musical ideada entre roles para la eterna música de las esferas. En el jardín de Wahnfried se puede ver su tumba, una ancha losa de mármol en la hierba. Allí se puede oler en el aire la cabellera de Cosima.

Tengo en mi agenda de ilusiones, entre otros, dos viajes que algún día, quizás, realizaré: Venecia y Bayreuth. Si, ir a Bayreuth para una rmería de timpanos analfabetos, a ver si de una vez entiendo mi barbarie musical esa turbonada de violines, de oboen, esa catarata heroica de percusiones que es la música wagneriana, sin que me importe que Nietzsche afirme que la adhesión a su arte cuesta cara... Y ya puesto en Bayreuth, acercarme a Dresde, a visitar otra tumba, la de «Papo», el loro de Wagner que gozó ante el músico de dos insólitas franquicias: tararear rematadamente mal a Beethoven y excrementar sobre las partituras de «Rienzi». Wagner, empático, dolicocefalo, reaccionaba a carcajadas de tales cradías. ¡Qué pasaje humano este de Wagner! El mundo anda lleno de pasados devotos que piensan que Aristóteles o Dante o Wagner vivieron en perpetua seriedad, en intocable pose divina, sin que los maculase la cotidiana ordinariéz o prosaismo de la especie...

Y desearía también acercarme a Venecia antes que la devore el cieno. Venecia, según los técnicos, se hunde en los fangales del Adriático a razón de 3,5 milímetros anuales. Las humedades, tanto en Venecia como en el esqueleto, son las impavidas masticadoras de la historia. La vida siempre concluye por donde comenzó. Si primero fue el lodo de Dios, el cálido y húmedo útero bíblico, al final también será el lodo, compacto de hongos, esponjoso y tibio de las fermentaciones quiliastas.

Wagner vivió dos veces en Venecia. Le agradaba, como a Goethe, ir navegando los canales, descubriendo las huellas de Chateaubriand o de Schelley, de Ruskin o de Byron, de Madame Staeb o de Browning. En Venecia sobran memorias con las que trazar cuantos itinerarios apetezcan. Venecia conserva el recuerdo de los carnavales dieciochescos, de las aventuras de Casanova, de los lujos bizantinos y renacentistas. Venecia es una ciudad fronteriza. Habitó durante siglos la raya que separaba Oriente de Occidente. Algo así como Toledo, aunque sin Biblia. Los venecianos fueron estupefactos navegantes, refinados amadores, banqueros, estetas y burgueses, pero más que nada, mercaderes. Tanto negociaban la sal como las reliquias de santos. Incluso hicieron mercado del azul prusia de su cielo; y lo exportaron con sus pintores; y poblaron las cúpulas, las techumbres, las bóvedas de las cortes europeas de angelotes y aéreas señoras que daban del Paraíso una idea excesivamente glandular. ¿Es que podrían olvidarse de que la ciudad de los canales, en el siglo XVI, por ejemplo, era posada e industria de 12 mil cortesanas...?

Wagner no recorrió los 177 canales de Venecia, ni olfateó sus aguas verdinegras y espesas donde afluyen los detritos de la urbe. Wagner vería y olería, principalmente, lo que llevaba en sí. Los genios, cuando actúan en dios, únicamente ven y huelen lo que llevan dentro. Ricardo vería cisnes, Griaes, nibelungos, Sigfridos. El quimismo de los excelsos es una esplendorosa prestidigitación. Donde hay ratas conciben palomas y donde surgen palomas fabulan ratas. ¿Y la realidad, la monda y descarnada realidad? ¡Ah!, esa es para los antiheroes, para el Lazarillo de Tormes, para los bachilleres y barberos, para los personajes de Perich, para Baudelaire y Camilo José Cela. Y para este torpe insecto que se llama Yo. Por eso desespero ingresar nunca en la música de Wagner. El cordón umbilical nos ata irremisiblemente a lo trivial y al sanchopancismo.

Ahora que se va a editar el «Diario Secreto» de Cosima quedará revelado también el cordón umbilical de Wagner? Porque los dioses, llega un instante en que se aburren de su divinidad, y dejan el nimbo, bajan del plinto y se ponen a ejercer de simples hombres, o ver y oler la vida cotidiana y municipal. Para mí esa es su gran hora, su definitiva ecuación, la que nos da sus concluyentes dimensiones dentro del sistema métrico decimal de la historia...

